

## Camarón, la universalidad del alma flamenca

F. L.

Han pasado más de 16 años de su desaparición y la figura de José Monge Cruz, *Camarón de la Isla* (1950-1992), goza de una vigencia extraordinaria que nadie discute. Y no sólo por las ventas que su obra aún genera —ciertamente, y como los grandes genios del arte, ha despachado más discos después de muerto, y sus ediciones de inéditos lo sitúan rápidamente entre las listas de los más vendidos—, sino porque su estela se extiende en el tiempo trascendiendo los límites del arte para el que nació y por el que vivió. El flamenco ha

Revoluciona el género desde el mismo corazón de este arte

Su dolor se expresa en un grito que acumula la rabia histórica de su etnia

tenido otros mitos, pero puede que ninguno lograra la gloria que Camarón alcanzó.

Su prematura muerte, con sólo 41 años, desató un profundo duelo en todo el mundo flamenco y un impresionante y desgarrado dolor en la comunidad gitana, entre la que el artista era considerado un héroe, un semidiós al que acercaban a sus hijos para

que lo viesen de cerca y lo tocasen. Su entierro en La Isla, aquel caluroso 2 de julio, es tenido como muestra y expresión del fenómeno sociológico que constituyó en vida. Ni los más viejos recordaban cosa igual, y el mismo presidente de la Junta lo calificó como "andaluz universal" en la condolencia que transmitió a su viuda. Dicen que la vida de los genios es corta, y sabido es también que en ese paso fugaz por la vida reside parte de la materia que alimenta los mitos.

Sobre qué sucedió para que en este gitano rubio, nacido pobre en un patio de vecinos de la isleña calle del Carmen, se reunieran todos los elementos que lo configuran como genio y leyenda no es posible encontrar una respuesta absoluta, de la misma forma que sí es fácil reunir un sinfín de pareceres distintos. Muchos somos, sin embargo, los que coincidimos en algunos factores que se muestran de difícil refutación. En primer lugar, casi nadie discute a estas alturas que Camarón, junto con Paco de Lucía —"los dos, centauros de sí mismos e indisolubles en su origen", según Juan José Téllez—, revoluciona el flamenco, y que esta revolución la hace desde el mismo corazón de este arte, sin traicionarlo y sin abandonar en ningún momento la fuente de las que bebió de pequeño y otras pocas de las que también se nutrió su inspiración. Dotado de unas cualidades innatas —nunca nadie le oyó desafinar una nota— fue una esponja dúctil que absorbió con asombrosa facilidad cualquier estilo ajeno al acervo de su



Camarón, en Sevilla en noviembre de 1991. / GARCÍA CORDERO

familia y de su etnia. De La Isla había salido con unos pocos cantantes básicos (soleares y bulerías, alegrías, seguiriyas...) y nunca, con esa afición pura que le acompañó de por vida, le fue difícil asimilar cualquier otro cante o estilo, aunque fueran lejanos a su cultura o a su geografía. De Occidente a Oriente, de Extremadura —con la apropiación de la

dulzura de los tangos y jaleos de esa tierra— al Levante, de donde nos haría familiares los trágicos ecos del cante de las minas, taranta, taranto, cartagenera...

Con su propia voz les dio una forma nueva que entusiasmó a sus seguidores y terminó convenciendo a los más rancios ortodoxos. Y, fuera de los ámbitos flamencos, está constatado que

emocionó a músicos de disciplinas muy dispares. Citar a Frank Zappa o a Quincey Jones puede parecer una curiosidad, pero es un paso más en el camino de universalización de un arte flamenco que, ya décadas atrás, había encandilado a Gil Evans, quien arregló el memorable *Sketches of Spain* para mayor gloria de Miles Davis, otro que tampoco fue ajeno al eco del cantaor.

En todo este proceso de trascender los límites propios de su arte tiene mucho que ver la propia e intransferible personalidad del artista, su queja, su dolor, expresado en un grito que acumulaba toda la rabia histórica de su etnia: dicen que Félix Grande decidió escribir su *Memoria del Flamenco* después de quedarse impactado por uno de sus terribles *ayeos*. También Francisco Peregil apuntaría que, para entender el dramatismo de ese *ayeo*, bastaría con conocer su casa de la calle del Carmen, la que todavía habita su hermano Pijote: "un grito como el de Camarón no se improvisa (...), entre las losas y desconchados de esa casa se podría leer la intrahistoria del grito". Por ello, quizás, su cante siempre dolía, incluso en los estilos supuestamente alegres. "El flamenco es una pena y, aunque sea amor, el amor es también una pena", le declaraba el cantaor a Miguel Vallecillo en 1988 con un tono ya de cierto cansancio y distancia. En la misma entrevista también afirmaba que "el flamenco no tiene más que una escuela: transmitir o no transmitir".

Hombre sencillo y de pocas palabras, en Camarón se juntaban, como dos fuerzas contrapuestas, un alma de anacoreta y una fuerza interior que le empujó siempre a beberse la vida a chorros. Puede que en su ser portara la semilla de su destrucción o que el peso de su propia leyenda le aplastase. Pero, privilegio de genios, supo convertir la cultura de su pueblo en arte, un arte trascendente de valor universal, sin dejar de ser nunca profundamente del Sur, de La Isla, de Andalucía.